

Tesis de licenciatura

La Argentina y el Brasil en la Historia reciente. Un abordaje de historia comparada sobre el paradigma y la praxis neoliberal

- **Tesista:** Rodrigo Soto Bohurier - rodrisotobouhier@hotmail.com
- **Directora:** María del Carmen González
- **Jurado:** Julián Kan y Leandro Morgenfeld
- **Fecha:** 30/07/2022, Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires

A lo largo de la investigación se buscó abordar el proceso neoliberal de Argentina y Brasil en un período que se extiende desde 1963 –Argentina– y 1964 –Brasil– hasta 2003. Para ello se tuvo en cuenta la diferencia entre la consolidación del paradigma neoliberal, de tipo cultural-ideológico, y la praxis neoliberal, manifiesta en políticas de Estado y transformaciones institucionales propias del denominado neoliberalismo. Todo ello analizado en clave comparativa en un total de cuatro capítulos y sus respectivos apartados a fin de organizar analíticamente el proceso de arraigo neoliberal en los países elegidos. Asimismo, el eje articulador de este proceso fue el concepto de estructura social de acumulación (E.S.A.) propuesto por la Escuela Política Radical estadounidense.

Se sostiene que el panorama previo a la neoliberalización de Argentina y Brasil resulta trascendental para comprender la ruptura que significó el neoliberalismo en las múltiples esferas que interpelan lo social y lo económico. Es por ello que se tuvo en cuenta la instauración del desarrollismo argentino y el *desenvolvimentismo nacional* brasileño, como así también sus progresivas debacles, en el primer capítulo de esta obra. El período de la posguerra y la Guerra Fría, pues, condicionaron y prepararon el terreno para la neoliberalización de ambas naciones en décadas posteriores, siendo los 60 y 70 un período clave en el que las élites económico-militares promocionaron un nuevo modelo de acumulación en un mundo que se tornaba bipolar en términos ideológicos y económicos. Evidenciando así como las transformaciones de la E.S.A. fordista o de posguerra –producto de su propio agotamiento– daban un paso transicional hacia una nueva lógica de relaciones institucionales, productivas, distributivas y políticas que condicionarían la aparición de un nuevo paradigma en conjunto a una praxis neoliberal. Esto se reflejó en la metamorfosis sufrida por los modelos de acumulación capitalistas vigentes en Argentina y Brasil.

En los casos abordados sería la Argentina quien presentaría mayor propensión a estos cambios, teniendo una conformación temprana de una tecno-burocracia afín a lo que podríamos llamar la praxis neoliberal siguiendo la línea Alsogaray-Alemann-Martínez de Hoz. Ello daría lugar a las primeras medidas neoliberalizantes en el país que, dada la coyuntura internacional entre los años 60 y 80, no terminarían de

cuajar. Es a razón de aquello que en este trabajo se prefirió hablar del intento neoliberal en dicho período, sobre todo a partir de la gestión de Economía en manos de Martínez de Hoz. En este caso, Argentina empezó con una praxis temprana en una tesitura internacional en vías de neoliberalización, cuestión que le costó un retorno cojo a tendencias desarrollistas hasta el retorno de la democracia. Por su parte, Brasil tendería a promover su *desenvolvimentismo económico* aún bajo el régimen militar. Los elementos neoliberales, no ajenos al proceso brasileño, se fueron arraigando muy lentamente en un país eminentemente corporativo, poseedor de una tradición estatal y una visión geopolítica regional trascendente a los gobiernos de turno. La toma de deuda pública crecería en la nación carioca desde la instauración de su última dictadura, aunque a diferencia de lo que ocurría paralelamente en la Argentina, esta sería utilizada de una manera más “inteligente” con el llamado “milagro brasileño”. El capital financiero, entonces, se colaría en el Brasil al momento de pagar a los acreedores y no antes. Y si bien su modelo de desarrollo perdería su viabilidad, su industria nacional sobreviviría en mejores condiciones que la Argentina para los años ochenta. En otras palabras, entre los años 1960 y 1980, aproximadamente, la introducción de medidas neoliberales puede verse en el caso argentino sobre todo entre 1975 y 1980, coincidiendo en tiempo con el Proceso de Reorganización Nacional. No obstante, estas fueron inconsistentes y frustradas en lo que respecta a la apertura de la economía y las políticas de ajuste. Cuestión que comenzará a implementarse de forma creciente a partir de la Administración Alfonsín y, más que nada, con las dos gestiones de Menem, no ocurriendo lo mismo en cuanto al Brasil, pues las características propias del *desenvolvimentismo nacional* y luego las del *desenvolvimentismo militar* no lo permitieron, atrasando las transformaciones de la praxis político-económica y dándole un aliento más duradero a medidas opuestas –o al menos a medio camino– al dogma neoliberal. Aun así, en ninguno de los dos países existía aún una cultura propiamente neoliberal. El sentido común, las formas de entender el rol del Estado y el papel de sus funcionarios aún seguían siendo preneoliberales. Los rasgos característicos de la nueva E.S.A., entonces, no llegaron al mundo globalizado al mismo tiempo ni de la misma manera.

Serían las décadas del 80 y 90 cuando Argentina y Brasil experimentarían de forma plena la “revolución neoliberal”, es decir, la aplicación de la praxis en su máximo esplendor y la conversión del neoliberalismo en el paradigma hegemónico a nivel global. Lo que coincide con el auge de los gobiernos de Thatcher y Reagan y la caída de la Unión Soviética como alternativa disidente al nuevo capitalismo globalizante. El paradigma neoliberal se asentaba así como cosmovisión universal incontestable, promoviendo la aplicación de una praxis acorde a sus lineamientos generales de la nueva E.S.A. alentada desde los centros capitalistas y condicionando los modelos de acumulación capitalistas vigentes en la periferia. Ello se observa con claridad en Latinoamérica durante la década del ochenta y la crisis de la deuda. La inestabilidad en la economía internacional se manifestó en grandes fluctuaciones de las tasas de crecimiento, de los precios y de los flujos de comercio y de capitales que motivó periódicos reajustes en las paridades cambiarias y las tasas de interés. Los países centrales comenzaron entonces a delinear estrategias de ajuste macroeconómico y de reestructuración industrial que repercutiría en las naciones periféricas y las empujaba a replicar las transformaciones que la E.S.A. imperaba a fin de “no desconectarse del mundo”. Los desequilibrios en las balanzas de pagos de los países desarrollados desencadenaron una considerable elevación de las tasas de interés y redireccionaron los flujos de capitales, haciendo que los países más endeudados se convirtieran en expulsores de fondos líquidos hacia los más ricos. Así, el cobro de las deudas, la presión de los centros hacia las periferias y la persistencia de la dependencia económica haría mella en países como Argentina y Brasil, lo que incitó a que sus

gobiernos tendieran a promover las recetas de los organismos de crédito internacional, completando así la incorporación de ambos países a la nueva E.S.A. global.

Este novedoso mercado financiero internacional no solo aceleraría el proceso de acumulación y concentración del capital beneficiando a aquellos países, corporaciones y redes financieras transnacionales que tenían condiciones para trasladar rápidamente sus capitales de acuerdo a su propia lógica de acumulación, sino que también alentarían la masividad de una praxis neoliberal en los países periféricos a fin de acomodarse a las nuevas reglas de juego.

Esto provocó inconsistencias y debilidad política en aquellos gobiernos que buscaban reafirmar el valor de la democracia y la autonomía nacional en un marco transicional de régimen político. Brindando una impronta dubitativa –o un reducido margen de maniobra– a los heraldos del Estado de derecho y la renovación democrática, como Alfonsín en la Argentina. La reestructuración del régimen político vendría de la mano de la recuperación de la pluralidad, la libertad individual y la libre expresión, cargando a sus espaldas con la deuda pública, la presión internacional y las crecientes críticas al modelo de crecimiento económico desarrollista. El resultado: la neoliberalización de las instituciones políticas y de las cúpulas gobernantes en Argentina, principalmente durante el Menemato, y Brasil, desde la Administración de Collor de Mello.

En este marco, la reforma del Estado surgiría en el seno del capitalismo como uno de los ejes centrales en su agenda, estimulando una amplia reestructuración de las economías y sociedades a partir de la crisis del modelo benefactor-desarrollista. Con desigual amplitud y profundidad fue llevada a cabo en prácticamente todos los países de la Latinoamérica, aunque países como Brasil estuvieron “rezagados” en esta materia respecto a los avances de, por ejemplo, Argentina. Aun así, la reforma en su conjunto implicó profundas transformaciones en las bases sociales de los estados y, más en general, una reestructuración de las relaciones entre Estados, mercados y sociedades. La praxis ahora sí era secundada por un cambio paradigmático de fondo que las volvía programáticamente viables. Empero, esta no debe ser vista solo como un simple reacomodo de variables económicas y de gestión monetaria, sino también como una reconfiguración de la institucionalidad política, los mecanismos propios del Estado y su rol. Es decir, redefinió la lógica y funcionamiento de la E.S.A. fordista dando lugar a una de carácter neoliberal. Por consiguiente, los efectos y resultados que generó en las relaciones de poder entre actores sociales y económicos, tanto a nivel doméstico como regional e internacional, transformó la institucionalización estatal y la particular capacidad para recurrir a la violencia del Estado, dando cuenta de la metamorfosis del nuevo poder social y económico en poder político. El neoliberalismo daba lugar así a un Estado centauro encarnado en una administración en manos de técnicos liberales y un aparato coercitivo encargado de preservar el orden. Es decir que los dispositivos institucionales, regidos por una casta burocrática afín a la ortodoxia económica, garantizarían por medio de la fuerza –disciplinando mediante la flexibilización laboral o el uso del aparato represivo– el dominio del Mercado. Sumado a ello, el nuevo paradigma neoliberal deterioró las viejas concepciones de la democracia tradicional, dando lugar a la negación del conflicto y la reducción de la negociación y construcción del consenso entre los diferentes agentes sociales. La nueva matriz dominante espectacularizaría la política, renegando del mundo racional y político de antaño para gestar una realidad basada en lo emotivo y lo afectivo e instaurando un nuevo orden normativo donde la desigualdad sería normalizada. Políticos histriónicos como Collor de Mello y Menem destacarían por sobre figuras transicionales y “desactualizadas” como

Sarney y Alfonsín. Además, la necesidad de garantizar una democracia duradera, legítima y pacífica en los países que recuperaban sus democracias dio rienda suelta a la anulación del conflicto en el plano discursivo, cuestión que sería reflejaría en el partidismo político plural y tolerante pero carente de conflicto. Se necesitaba orden y estabilidad en todos los ámbitos para que el Mercado prosperase. Un lenguaje optimista y de refuerzo positivo constante, unido a una cultura de autoexplotación y rendimiento irrefrenable, de competitividad salvaje, desmovilizaría y atomizaría a las masas en virtud del progreso individual en un mundo paradójicamente cada vez más globalizado.

También el universo del consumo cultural, la concepción del ser, del individuo y su autorrealización delinearían nuevos hábitos de consumo, socialización y relación con el ámbito laboral. Los ochenta y noventa serían décadas marcadas por la expansión hipertrófica de la hegemonía cultural estadounidense, la instauración y cimentación del pensamiento único neoliberal y la constitución de un mundo unipolar que relegaba al desintegrado bloque soviético a un segundo plano. Sus ideas y productos invadieron los mercados latinoamericanos permeándolo todo. El nuevo paradigma del capitalismo neoliberal terminaba así de ganar la batalla ideológico-cultural, valiéndose tanto de una praxis propia como de una cultura populista –y popular– basada en un mercado de consumo diferenciado y en el libertarismo individual. Cuestiones que se resultarían compatibles con el desarrollo de la posmodernidad y, en el caso de América Latina, el renacer democrático. De este modo, gobiernos aparentemente populares administrarían países como Argentina –Menem– y Brasil –Collor de Mello– inmersos en el show, la polémica y el exhibicionismo material. Los políticos se volverían productos comerciales y la exclamación de una libertad que nos hace iguales sería la tapadera perfecta para un proceso de desigualdad, diferenciación y sumisión de amplios sectores de la población. Todo ello acabaría por estallar a inicios del nuevo milenio.

Sin embargo, la retracción de la praxis neoliberal a inicios de los 2000 no implicaría la derrota del paradigma neoliberal. Este volvería años después cuando el auge de los *commodities* se acabase y el panorama internacional fuese propenso para su retorno. Y hoy en día, más reaccionario o más progresista, lo cierto es que el neoliberalismo sigue rigiendo como un déspota. Existen alternativas, más aun parecen inmaduras para destronarlo. Esta resiliencia neoliberal, entonces, da cuenta de que la E.S.A. no ha recibido aún el golpe de gracia. Los reajustes internos dentro de esta novedosa estructura, a lo sumo, evidenciarían la maduración de la misma. Cuestión que se puede detectar en la discriminación entre las reformas de primera generación (RPG) promovidas en Latinoamérica en la década de los ochenta –y extendidas hasta los noventa– con la ejecución de los *shocks* económicos, y las reformas de segunda generación (RSG) propias de los últimos años de la década del noventa y el siglo XXI centradas en modificaciones de la gestión administrativa y creación de instituciones.

De este modo se concluye que, en efecto, la E.S.A. neoliberal surgida tras la crisis de los capitalismos de bienestar y el arreglo fordista, dio paso a un paradigma y una praxis novedosos de carácter global que integran al mundo entero desde la caída del bloque socialista. El neoliberalismo, entonces, puede ser entendido entonces como parte nodal de la nueva E.S.A. puesto que representa la etapa superior del capitalismo contemporáneo; un proyecto económico-político de una clase –la burguesía–; y una ideología compleja y diversa –dando cuenta de diferentes tipos de neoliberalismos, *aggiornados* al tiempo y espacio de cada nación– que se manifiesta en las diferentes esferas de la vida y proyectos políticos, dando cuenta de su carácter multidimensional, dinamismo y resiliencia. Muchas veces acompañado por una faceta autoritaria/coactiva y una impronta colonialista presente en las relaciones centro-periferia.